

EL ESCRITOR Y LA TECLA DEL **EROTISMO**

A photograph of a man and a woman embracing in a field of tall grass. The woman is leaning over the man, and they appear to be kissing. The man is wearing a light-colored shirt, and the woman is wearing a patterned top. The background is a dense forest.

ANA VACARASU

EL ESCRITOR Y LA TECLA
DEI EROTISMO

ANA VACARASU

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos narrados, son producto de la imaginación de la autora, o se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, empresas, acontecimientos o lugares, es pura coincidencia.

Los dos poemas que representan el prólogo y el epílogo de ésta obra, son creaciones de la autora.

A ti, querido lector

COLGANDO DE LA NADA

No sé de dónde vengo,
y ni quién fui hasta llegar a ti.
No sé si aquí había un camino,
o me lo inventé yo misma,
cruzando las fronteras invisibles,
de las palabras que te escribí.

Al margen de mí mundo,
allí donde empieza el sueño prohibido,
te buscan los brazos de mi mente
y nunca te encuentran,
porque tú nunca has estado allí.

En el ocaso triste, captivo en mi alma,
un pájaro volando escribió tu nombre,
y desde entonces te extraño.
No sé por qué, si nunca te conocí...

Te hablo a menudo,
alegre a veces y otras veces triste,
te veo cuando sales, te siento al entrar,
sonrío al escuchar tu risa,
cuando se rozan nuestras manos,

cruzándonos en el camino, al pasar.

Percibo el calor que desprende tu cuerpo,
vuelvo a ser aire y ocupo mi lugar:
estoy en torno a ti, estoy entre tus brazos,
y tú me respiras al despertar.

No digas nada, mi alma vuela libre,
y ni siquiera tú
podrías prohibirme soñar.

¿Es esto el amor?
¿Por qué, cómo y cuánto?
¿Cómo saber, cómo medir,
si ya perdí toda medida?

Si entre tú y yo se extiende el Universo,
allí, entre estrellas, en la nada,
yo vivo suspendida.

Y no me encuentra nadie,
y sólo tú y yo sabemos dónde estoy,
colgando de la nada,
entre fronteras de palabras, perdida.

Capítulo 1

“Dios mío, se me pasa la vida”, pensaba a veces, cuando miraba en el espejo. La imagen que éste le devolvía, ya no se parecía en nada a lo que fue en su juventud. A sus cincuenta y dos años, las canas ya no se notaban sólo en las sienes, si no que se hacían cada vez más visibles en todo el cabello. Brillaban como hebras plateadas mezcladas con ese negro tan oscuro, que antes cobraba un tono azulado bajo la luz del sol, como las plumas de los cuervos.

Eduardo Mendoza no se consideraba un hombre guapo, aunque las mujeres parecían tener opiniones distintas a la suya, en ese sentido. Pero en lo que se refería a su valor como escritor, era consciente de ello y lo afirmaba sin falsa modestia.

Ya no le atormentaban las dudas que tuvo al principio, cuando sus lectores no superaban en número los dedos de sus manos. La seguridad y la confianza en sí mismo surgieron poco a poco, a pequeños pasos, con cada nuevo libro que escribía y que se convertía como por milagro en un *best seller*, nada más llegar en los estantes de las librerías.

Sus cuentas bancarias también reflejaban su éxito en el mundo de las letras, aunque estaba todavía lejos de ser considerado un hombre rico. “Haberte hecho futbolista, hijo. Esos sí que se embolsan millones, y por no hacer más que correr tras una pelota” —le decía su madre al principio de su carrera. Por aquel entonces, aún vivía en la casa de sus padres y las ganancias apenas le llegaban para comprarse el pan.

No desesperaba. Estaba decidido ser un gran escritor y ponía todo su empeño en mejorar su estilo narrativo. Mientras tanto, su paciencia llegaba al límite esperando las respuestas de las editoriales. Hasta que firmó un contrato con una editorial de mucho peso, que compró los derechos de una novela suya y, desde entonces las cosas no hicieron más que mejorar.

Desde el punto de vista profesional, hace años que se podía considerar un hombre realizado. Estaba satisfecho por los resultados de su trabajo, al que veía más bien como una diversión. Se ganaba la vida haciendo lo que más le gustaba, desde que tenía treinta años y, eso sí que podía ser considerado un privilegio. Era plenamente consciente de ello. A veces, como muchos otros de su gremio, él también se planteaba la pregunta de si esa era de verdad una profesión, sin tener que levantarse a la misma hora todos los días para ir a una oficina, o a otro puesto de trabajo, como hacía la mayoría de las personas.

Sin embargo, en lo personal las cosas no le han ido de la misma forma. En los círculos que frecuentaba, todos lo consideraban como el soltero de oro, aunque él no elegía ser eso. Es verdad que tampoco se preocupaba mucho por cambiar las cosas. Cuando le preguntaban, afirmaba ser feliz. Pero dentro de sí mismo, aún guardaba la esperanza de encontrar a esa mujer que le hiciera perder la cabeza y al mismo tiempo que lo aceptara tal como era, y se quedara con él para siempre. Eso sí, con la condición de conformarse con ocupar el segundo lugar en su vida, después de la escritura.

Pero parecía que las relaciones no eran lo suyo. Al menos, no las duraderas. La que más le duró, fue con una estudiante de ingeniería, que se quedó con él desde que entró en la universidad hasta que acabó la carrera. Al día siguiente de sacarse la titulación, después de unas cuantas botellas de vino y una última noche de amor salvaje, le dijo que ella quería más. Y no se refería a

sexo. Le soltó en la cara que estaba harta de esperar a que él recordara que ella estaba allí. Cogió sus pertenencias, dio un portazo y se marchó sin mirar atrás.

Eso ocurrió cuando Eduardo tenía cuarenta años. Desde entonces, ninguna mujer se ha quedado con él, más de unos meses. Tampoco sufría por eso. Se sumergía en la escritura y todo lo demás pasaba a segundo plano. A veces, en pleno proceso creativo se olvidaba hasta de comer.

Asunta, la asistenta que venía a limpiarle la casa dos días por semana, se asustaba a veces de cómo lo encontraba: barbudo, con los ojos cansados y hundidos y a veces sin haberse duchado un día o dos.

“Esta casa parece una cueva, señor” —le decía la mujer, cuando de hecho, lo que habría querido decir era “pocilga”, pero no se atrevía a pronunciar esa palabra, delante de un artista como él. Abría las ventanas y recogía las prendas de ropa que el escritor había tirado a todas partes, mezcladas con cajas de pizza y botellas de vino, vacías.

Asunta era una mujer intimidante por su robustez. Sus brazos eran fuertes y las manos grandes como de hombre y, nada más mirarle a los ojos, él no se atrevía a comentar nada ni a llevarle la contraria.

Apagaba el ordenador, metía en un cajón los cuadernos en los que solía hacer todo tipo de apuntes y salía de casa. Unas horas más tarde, al volver, encontraba la casa tan limpia que daba pena tocar cualquier cosa o pisar los suelos de madera, que brillaban. Se quitaba los zapatos a la entrada y por unas horas mantenía todo limpio y en orden.

Pero una vez metido en el trance de la escritura, cuando las ideas surgían en su cabeza y sus dedos tecleaban con una velocidad alucinante, se transportaba a otra dimensión. Ya no existía el entorno. Entraba en ese mundo imaginario en el que vivían sus personajes, y se transformaba en el dios que manejaba sus destinos. Como un titiritero con sus marionetas.

Unas semanas atrás había empezado una historia ambientada en el mundo rural. Era una idea arriesgada, más bien un desafío, ya que tenía que moverse en un entorno que le era totalmente desconocido. Siempre había vivido en la ciudad y por raro que podía parecer, se sentía protegido cuando estaba rodeado de gente desconocida. Se perdía en la multitud, era uno más de esa masa humana heterogénea que transitaba por las grandes ciudades.

Pero necesitaba documentarse para su nueva novela. El protagonista era un profesor de música que vivía en uno de los pueblos más pequeños de la comunidad de Madrid. Por lo tanto, para dar credibilidad al personaje, el escritor tenía que sentir en su propia piel, cómo transcurría un día normal para un habitante de pueblo perdido entre los campos o entre las montañas. Saber lo que era vivir con los pies bien anclados en la tierra, sentir las caricias del viento y de la lluvia, o contemplar las salidas y las puestas del sol en un entorno de plena naturaleza.

Cuando tomó la decisión, llenó el maletero de su todoterreno con todo lo que consideraba que podría necesitar para pasar unos días en el campo, y le dejó a Asunta el encargo de hacer una limpieza general de la casa. De esa manera, la mujer pensaba aprovechar su ausencia, para limpiar algunos armarios y cajones que normalmente, el escritor no le permitía tocar.

Después de que hizo una visita a sus padres y se despidió de su mejor amigo —que era quien le corregía los manuscritos—, un domingo en torno al mediodía, el escritor se subió a su todoterreno y partió en dirección a las afueras de la ciudad.

Capítulo 2

Ese día hacía un calor insoportable. Daniela se quitó el sudor de la cara y del cuello con un pañuelo de papel al que metió en el bolso. Después se llevó el florero de cerámica a la fuente de agua situada al lado de la puerta de entrada al cementerio, y lo llenó hasta arriba. Volvió sobre sus pasos y lo colocó en el soporte protector, de mármol. Cogió el ramo de flores que había dejado en el suelo, a la sombra de detrás de la lápida, y lo metió en el florero.

No iban a durar demasiado. Lo sabía y casi le daba pena dejar unas flores tan vivas y hermosas, a marchitarse bajo el sol inclemente. Lo hacía más bien por su ex suegra. La mujer — que tenía ochenta y cinco años, pero bastante bien llevados—, iba a pasar por allí más tarde, como solía hacer todos los domingos.

Ver las flores frescas en la tumba de su único hijo, representaba para ella un bálsamo que le aliviaba por unos momentos el dolor de su pérdida. A la suegra le hacía bien saber que la nuera aún no se había olvidado de su marido.

—Adiós, Antonio —susurró, rozando con los dedos el cristal que protegía la fotografía colocada en el centro de la cruz de granito. Salió del cementerio y estuvo indecisa por unos instantes. Oscilaba entre ir directo a casa, o dar un paseo hacia el otro lado del pueblo, por el camino que subía hacia el bosque, a través de la pradera.

No la esperaba nadie en casa, así que se decidió por lo segundo. Se dijo que de esa forma evitaba también cruzarse con los vecinos del pueblo. Estaba harta hasta el moño de sus voces apenadas y de las miradas compasivas. Escuchar los buenos recuerdos que todos parecían tener de su fallecido marido, le dolía más de lo que nadie se imaginaba. Porque mientras estuvo enfermo, ninguno de ellos vino a ofrecerle ayuda.

Nadie sabía —excepto su ex suegra—, en qué tipo de persona se había convertido su marido en sus últimos meses de vida, por culpa de la enfermedad. Esos recuerdos eran sólo suyos y desgraciadamente, constituían lo primero que recordaba siempre de él. Por no decir lo único. Los buenos momentos vividos a su lado en el pasado, casi le habían desaparecido de la memoria.

“Una lástima —se decía a sí misma, a veces—, vivir veinte años con una persona y luego, al perderla, no quedarte más que con el amargo recuerdo de las desgracias.” Claro que le había perdonado todo. Pero el cerebro humano tiene sus propias leyes, y olvidar algo que se ha quedado profundamente grabado en la memoria, es un acto por cumplir a largo plazo. Tan largo, que puede durar toda una vida, para una persona que está en su sano juicio.

A veces pensaba que todos aquellos insultos que él le dirigía cuando entraba en una crisis y perdía el control por culpa del dolor, le salían del subconsciente. Se hallaban guardados allí porque él los había pensado en algún momento antes de enfermarse, y no se había atrevido a decírselos nunca a la cara.

El dolor reaccionaba sobre él como en otros el vino, del que se dice que desata las lenguas para soltar pensamientos refutados por la consciencia. O verdades ocultas por cobardía, cuando no por miedo a las consecuencias que esas verdades podrían acarrear.

Estaba cansada de dar vueltas a esas cosas en la cabeza. Quería dejarlo todo atrás y seguir con su vida. El mes de agosto se acercaba a su fin y le quedaba poco tiempo de descanso, antes de

empezar el nuevo curso escolar. Estaba convencida que el trabajo actuaría como una medicina que le ayudaría a desprenderse de todos esos pensamientos que la entristecían.

Daniela era maestra en la escuela del pueblo y eso tenía sus ventajas. Sobre todo en su situación de viuda con sólo cuarenta y cinco años. Los niños eran su gran felicidad en la vida, pero representaban también una especie de asignatura pendiente.

Por desgracia, no podía ser madre, como consecuencia de una enfermedad que sufrió en su adolescencia, y que la había dejado estéril. Antes de enfermarse su marido, le había propuesto varias veces que adoptasen un niño, pero él se opuso rotundamente a esa idea, sin darle ninguna explicación al respecto.

Paseando por la sombra de los grandes robles que unían sus ramas por encima de su cabeza, le vino de repente en mente el tema del último libro que había leído. De Eduardo Mendoza, su escritor favorito. El hombre que era capaz de romper todas las barreras que ella misma se imponía, y en el que pensaba más de lo que debería hacerlo. Y eso sí, no siempre con los pensamientos más inocentes o políticamente correctos.

Sonrió pensando en la última carta que le había escrito como lectora y admiradora, cuidando su lenguaje, como solía hacer, para no traicionar sus sentimientos, que iban más allá de la admiración por un gran artista y su obra.

Se preguntaba a veces si eso que sentía por el famoso escritor era amor, o tenía otro nombre que ella ignoraba. Daba por sentado que él tenía todo un séquito de admiradoras y que no era la única mujer que le escribía cartas. Quizás no había muchas que lo hicieran de la misma forma que ella. Era consciente que lo más habitual en esos casos era el correo electrónico.

Y por intuición femenina, sabía que en torno a los hombres como Eduardo Mendoza, tan inteligente, guapo, con tanto éxito y encima soltero, las mujeres siempre revolotean como las abejas alrededor de la reina.

Por no añadir que por desconcertante que eso podía parecerle a Daniela, como también a muchas otras mujeres, el famoso escritor era uno de esos hombres que ganan en atractivo con el paso de los años.

Pero en su corazón, arraigaba la convicción de que jamás en la vida tendría la ocasión de conocerlo en persona, aunque cada vez que contemplaba esa posibilidad poco probable, su imaginación tomaba vías prohibidas. Los escenarios más románticos surgían en su mente, luchando en contra de su eterna timidez o de los sentimientos de culpa que provocaba en ella el recuerdo de su fallecido marido.

Era un maldito conflicto que no acababa nunca y, a veces incluso llegaba a pensar que lo que sentía por ese hombre era como una obsesión. Otras veces, analizando sus sentimientos con serenidad y más tolerancia para consigo misma, lo veía como lo que era en realidad: una ilusión. La más hermosa ilusión que daba sentido a su vida, además de los niños a los que les guiaba los primeros pasos en el infinito mundo del conocimiento. O mejor dicho, en el limitado conocimiento de un mundo infinito.

Dejando atrás el robledal, apretó el paso para evitar estar expuesta por mucho tiempo al sol. Su piel era demasiado blanca y en vez de broncearse como la de otras personas, se llenaba de pecas grandes, cobrando un aspecto enfermizo. Costaba luego un año entero quitárselas de encima, con unas cremas por las que pagaba un dineral.

De repente, después de una curva, a menos de cien metros delante, vio un todoterreno estacionado en el lado derecho del camino, lo que le hizo quedarse parada por unos instantes. Después se dio cuenta que había un hombre en el suelo, con el cuerpo metido bajo el coche. De

cintura hacía abajo, llevaba un pantalón de color gris claro y en los pies, unas sandalias deportivas.

Daniela pensó por un momento en volver sobre sus pasos y tomar el otro camino, pero el calor de la tarde era demasiado sofocante. Y de allí, apenas le quedaba un tramo corto para llegar a su casa.

“Por Dios, no seas tonta, mujer —intentó infundirse valor—, con ese cochazo con matrícula de la capital, no puede ser ningún malhechor. Debe de ser alguien que está en tránsito por aquí y se le habrá estropeado el coche. Pobre, con este calor...”

Se acercó con cautela y cuando estuvo a unos pocos metros de distancia, carraspeó para atraer la atención del hombre, que parecía estar arreglando algo bajo el coche. Pero lo que consiguió fue asustarle y hacerle que se golpeará la cabeza, por la prisa con la que intentó salir de debajo del vehículo.

Más confundido que ella, se ajustó las gafas y miró hacia la derecha y después a la izquierda, para ver de dónde provenía el ruido. Su cara estaba sucia y de la frente se le escurría un hilito de sangre que se perdía en la ceja derecha.

—Hola —le saludó Daniela, con timidez.

— ¡Hola! ¡Por Dios santo, señora, qué susto me ha dado! Casi me hago una brecha en la cabeza —dijo, palpándose la frente con una mano sucia. En la otra tenía una llave grande y a su lado, en el suelo, una caja metálica de herramientas, abierta.

—Lo siento, mi intención no era asustarle. Pero tampoco podía pasar por su lado sin delatar mi presencia. ¿Se ha hecho daño en la cabeza? —le preguntó preocupada, al ver como él se quitaba la sangre con la mano sucia—. Por Dios, permítame limpiarle la herida con una servilleta, señor. Deje de tocarse con esa mano tan sucia. Podría infectarse.

—Sí, tiene usted toda la razón. Estoy más sucio que un mecánico en su taller. Y ni siquiera he conseguido arreglar ese maldito coche —le contestó sin levantarse del suelo, apoyando su espalda en la carrocería de su todoterreno—. Si es usted tan amable y quiere echarme una mano, abra el maletero, por favor. Encontrará el botiquín allí.

Daniela se dispuso a hacer lo que le había pedido. Pero mientras apartaba una mochila y una chaqueta deportiva para sacar de debajo el botiquín de primeros auxilios, un pensamiento empezó a dar vueltas por su cabeza: esa voz le parecía conocida. No recordaba de dónde, pero podría haber jurado que no era la primera vez que la escuchaba.

—Me llamo Daniela —se presentó al acercarse a él, antes de sacar del botiquín unos trozos de gasa y una botella de agua oxigenada, para limpiarle la herida de la frente—. ¿Me permite, señor?

El hombre afirmó con un gesto de la cabeza. Entonces, ella se subió un poco la falda por encima de las rodillas y se arrodilló a su lado en la yerba, a la sombra del todoterreno. Después echó desinfectante en el trozo de gasa y empezó a limpiarle la suciedad de la frente. Por un instante, el movió un poco la cabeza hacia la derecha y sus miradas se cruzaron.

“¡Dios santo, esos ojos! —se dijo la mujer, notando una emoción extraña que la inundaba por dentro, bajo el impacto de esa mirada gris verdosa que brillaba bajo las gafas con montura de pasta—. ¿De dónde los conozco? ¿Quién es este hombre?”

Capítulo 3

La herida era superficial, apenas un rasguño. Pero la mano empezó a temblarle como si hubiera tenido vida propia. Entonces, avergonzada por lo que el contacto visual entre ellos le hacía sentir, volvió su mirada hacia el botiquín y sacó de allí una tirita. Le quitó el papel protector y se la pegó en la frente, de una forma casi violenta.

El desconocido la miró otra vez a los ojos, un tanto desconcertado. Estaba tan cerca de su pecho que le podía escuchar la respiración. Su sentido del olfato percibía el perfume que desprendía su cuerpo. Era algo suave, etéreo, flores silvestres, supuso. La cercanía de la mujer le turbaba y no sabía cómo reaccionar para no ofenderla.

— ¿Puedo... puedo limpiarle el resto de la cara con esto, señor —preguntó Daniela, tartamudeando—, o tiene agua y jabón en el coche, para limpiarse?

Él negó con la cabeza, bajando luego su mirada de los ojos a los labios de la mujer. Ella no supo cómo interpretar aquel gesto de negación. Un presentimiento de peligro inminente la invadió de repente, y entonces hizo el amago de apartarse de él.

—No tengo agua, Daniela. Llevo unas horas aquí y, con este calor, me la bebí toda. Por favor —dijo estirando el cuello y girándose más hacia la derecha, para que ella pudiera limpiarle la cara, antes de cambiar de idea y dejarlo solo allí en el camino, en medio de la nada.

La mujer cogió unas cuantas capas de gasa más grandes y empezó a quitarle el aceite y las manchas negras de la cara. No sabía muy bien por qué motivo hacía eso. No podía pensar con claridad. La sensación de peligro aumentaba en su interior y le aceleraba el pulso. Al mismo tiempo, las preguntas sobre la identidad de ese hombre seguían rondando en su cabeza. ¿De dónde lo conocía? ¿Quién era? ¿A quién pertenecía esa voz?

Quieto como una estatua, él no se atrevía casi ni a parpadear. Notaba el sudor que se le escurría de la nuca hacia la espalda, para pararse en la barrera donde el cuerpo se apoyaba en el lateral del coche. Era consciente que olía todo a sudor y la camiseta se le pegaba a la piel. Mientras tanto, el movimiento de la mano de la mujer se hacía cada vez más inseguro, más pausado, a medida que bajaba por su rostro.

“¿Será posible? ¡Cristo bendito, es él!”, gritó en su corazón, cuando la mano temblorosa terminó de quitarle las manchas negras y aceitosas, de la nariz y de las mejillas. Se tragó la exclamación de sorpresa, pero él percibió su sobresalto, como un suspiro que se le escapó de los labios. También se dio cuenta que a la mujer se le había acelerado la respiración.

— ¿Qué pasa, Daniela? ¿Soy tan feo que te has asustado? Por cierto, te pido disculpas porque no me he presentado. Me llamo Eduardo.

“Como si yo no lo supiera —casi se le escapa de la boca. Pero no se delató—. Dios santo, tengo que pellizcarme para convencerme que no estoy soñando”, pensó, asombrada por la casualidad.

—Encantada de conocerte, Eduardo —le respondió, con una voz tan baja que apenas fue capaz de oírla ella misma.

La mano ya no le temblaba, pero llegando a los labios del hombre con el proceso de limpieza, no pudo continuar. Lo que quería hacer en ese momento era otra cosa. Algo con lo que había

soñado hasta entonces, innumerables veces. Algo prohibido, imposible para ella. Le dolía el corazón por el deseo de hacerlo.

Bajó el brazo y volteó la cabeza hacia el otro lado. Tenía que tragar ese río de saliva que le llenaba la boca. Gritó por sus adentros, pidiendo piedad.

El hombre la miraba, percibiendo que algo iba mal. Preocupado, quiso cogerle una mano con la suya, pero ella se retiró de forma brusca. Metió la botella de agua oxigenada en el botiquín y la gasa sucia en un envoltorio de plástico.

Después se levantó y se alisó la falda, sin volver a mirarlo a los ojos. Eso era peligroso. Superaba su poder de resistencia y además, sentía que le ardía la cara y le daba una vergüenza tremenda que él la viera así.

Eduardo también se levantó del suelo, se sacudió la ropa con las manos sucias y cerró la caja de herramientas.

— ¿Qué... qué le ha pasado al coche? —consiguió preguntar, mirándolo con el rabillo del ojo.

—Para ser te sincero, no tengo ni idea —le contestó riendo, y ella, un poco más distendida por su risa, le sonrió. Pero en el mismo momento supo que estaba totalmente perdida. Una cosa era verlo en la tele y otra muy distinta, estar delante de él, escuchar esa risa y mirarle la boca tan de cerca—. Sólo vi que perdía aceite y el motor empezó a toser de forma extraña y se quedó muerto. Menos mal que llegué a salir de la autopista. Tendré que llevarlo a un taller. ¿Tú vives por aquí? ¿Me podrías decir si hay alguno por aquí cerca?

Daniela sacó de su bolso un pañuelo de papel y quitó el sudor que le bajaba por las sienes y le hacía sentirse incómoda. El bochorno de la tarde era insoportable, aunque una brisa suave se hizo notar de repente. Pero por desgracia, no hacía más que mover el aire caliente y levantar el polvo del camino.

—Me temo que no —le contestó—. Quiero decir que no hay ningún taller de coches por aquí. Y sí, yo vivo cerca, justo en la primera casa, al entrar en el pueblo por este lado. ¿Pero tú de dónde vienes y adónde vas, Eduardo? O mejor dicho, ¿dónde querías llegar? Porque por lo visto, por ahora no podrás llegar a ninguna parte.

—La verdad es que no tenía un destino fijo. Salí de casa con la intención de pasar unos días en el campo y, mira —le dijo señalando con las manos alrededor—, parece que estoy a punto de conseguirlo. Pero supongo que habrá por aquí alguna pensión o un hotel en el que alojarme. No puedo quedarme en el coche, aquí en medio de la nada y con este calor. Como te imaginas, con el motor muerto, el aire acondicionado tampoco funciona.

Daniela movió la cabeza de arriba abajo unas cuantas veces, luego su mirada pareció oscilar, indecisa, de un lado a otro. Miró hacia el hombre, luego hacia el camposanto situado arriba en la colina, y después de unos instantes giró la cabeza hacia el lugar donde se encontraba su casa. Parecía buscar una manera de asociar las tres cosas en su mente.

Un triángulo cerrado y ella atrapada dentro de él. La sensación de peligro que había sentido minutos antes, aleteó de nuevo en su interior. Pero esta vez fue sólo como un cosquilleo tentador. A su espalda quedaba el camino por el que había venido del cementerio. Delante, el futuro incierto y su vida.

—No hay alojamiento en el pueblo. Pero..., podrías quedarte en mi casa por una noche. Tenemos... tengo una habitación de invitados.

“¿De verdad le has dicho eso, idiota?”, pensó, nada más hacerle la propuesta y se arrepintió de inmediato, avergonzada. Pero ya estaba dicho, no podía retirar sus palabras.

Eduardo pareció sopesar por un instante su propuesta. Se miró las manos sucias y la camiseta

empapada de sudor, pegada a la piel. Después se sacó la mochila del maletero del coche, cerró las puertas e hizo un gesto de resignación con las manos, mostrando de ese modo su disposición de acompañarla.

—Como no tengo alternativa, aceptaré tu oferta. Creo que podría pedir una grúa para llevar el coche a algún taller, pero como es domingo... No sé, supongo que sería mejor dejarlo aquí hasta mañana. Eres muy amable, Daniela —le dijo colocándose la mochila en la espalda y comprobando si estaban bien cerradas las puertas del coche, para partir después a su lado por el camino—. Agradezco la ayuda que me ofreces, ¿pero no te parece arriesgado esto de invitar a un extraño a tu casa? Al fin y al cabo, no me conoces de nada.

Ella estuvo a punto de soltar una carcajada pero se abstuvo a tiempo. Giró la cabeza para mirarlo y su cara mitad limpia, mitad sucia, le pareció tan graciosa e impropia de él, que le arrancó una sonrisa.

Todavía le costaba creer que el hombre que pisaba a su lado era Eduardo Mendoza. Allí, moviendo sus pies al compás con los suyos, de camino a su casa.

No sabía si tenía algún sentido dejarlo creer que ella no lo conocía de nada. Aún así, decidió seguir un poco más sin delatarse. Le habría dicho la verdad, pero le daba miedo traicionar sus sentimientos. “Tal vez en cuanto estemos en casa. Allí estaré más segura de mí misma”, pensó, aunque fingir o disimular, nunca fue lo suyo.

—Ahora que tu cara está más limpia y ya no pareces un diablo, no, no veo ningún riesgo —le contestó y él soltó una carcajada.

— ¿Así que te pareció que era un diablo? ¿Entonces por qué te has acercado a limpiarme la cara, Daniela? De verdad, no te entiendo. ¿No has pensado que podía ser peligroso hacer eso?

—Porque por mi culpa te has dado el golpe en la cabeza. Aunque yo no he querido asustarte. Tan sólo quería avisarte de mi presencia. Y sí, al principio me dio un poco de miedo, cuando vi el coche parado allí en el borde del camino.

—Disculpa, pero, por curiosidad, ¿de dónde venías, si el pueblo está de este lado? —le preguntó él, extrañado—. ¿Has salido del bosque?

—Sí, soy una bruja que vive en el bosque. Fui al cementerio. Está allí, arriba. —Le indicó con la mano—. Y a la vuelta di un paseo por la sombra de los robles. Mira que hemos llegado. Aquí vivo yo —mencionó cuando llegaron a la primera casa de la entrada en el pueblo. Era un edificio de dos plantas, con el garaje pegado a la pared posterior. Un pequeño y coloreado jardín de flores se veía detrás, cerrado con una valla de madera, de poco más de medio metro de altura—. Como ves, en este barrio no somos muchos vecinos, apenas hay cinco casas. Más abajo, en el pueblo, hay más concentración de viviendas.

En el interior de la casa, la temperatura era agradable, aunque no funcionaba el aire acondicionado. Daniela se dejó el calzado a la entrada, por lo que, por educación él hizo lo mismo. Después ella encendió la caldera y le enseñó la casa, mientras se calentaba el agua para que él pudiera darse una ducha.

—Te he dejado una toalla limpia en la mampara de la ducha. Hay jabón y champú allí al lado. ¿Necesitas algo más, Eduardo? Quiero decir, ropa de cambio, zapatillas de casa, lo que sea.

—No, no, gracias. Tengo una muda de ropa en la mochila. Pero zapatillas no me he llevado porque, te confieso que me encanta andar descalzo por casa.

— ¿Ah, sí? Mira que coincidencia, a mí también. Pero las baldosas son muy frías y además, podrías resbalar en el baño, al salir de la ducha. Te daré unas chanclas —le ofreció abriendo un armario de zapatos, situado en el pasillo.

El estuvo a punto de preguntarle sobre el dueño de esas chanclas, pero ella se le adelantó:

—No te preocupes, son nuevas y a mí me quedan grandes. Una compañía telefónica las repartió a sus clientes. Ya lo ves, el color lo dice todo.

—Sí, es verdad. Yo tengo en mi casa un paraguas rojo, de esos que se repartieron en la campaña electoral. Un caso similar al de las chanclas: el color que define la marca. Gracias, Daniela.

—De nada, Eduardo. Bienvenido a mi casa —le dijo, mirándolo a los ojos. De verdad, tal como se esperaba, allí en su propio espacio, se sentía más segura de sí misma. Aunque el peligro persistía, por no decir que aumentaba y ella empezaba a dudar de su autocontrol, ahora que se hallaban los dos bajo el mismo techo—. Mientras tú te tomas una ducha, voy a hacer una limonada. Por cierto, hay cerveza en la nevera, si te apetece tomar una ahora mismo.

—No, gracias —le contestó, con una sonrisa en los labios—. ¿Tocar algo en tu cocina, con estas manos tan sucias? Ni pensar. Después, tal vez sí.

Capítulo 4

Casi un cuarto de hora más tarde, Eduardo salió de la ducha. En la mesita del salón, reposaba una jarra de cristal llena hasta arriba de limonada, en la que flotaba una capa de hojas verdes de menta.

Daniela se había cambiado la blusa y la falda por un ligero vestido de tirantes, largo hasta el tobillo. La seda de color azul marino estaba salpicada de margaritas blancas de la rodilla hasta abajo, como también en los tirantes. En los pies tenía unas sandalias sin tacón y venía desde la cocina, con dos botellas de cerveza y dos vasos grandes, en una bandeja plateada.

Se paró de repente cuando lo vio en el pasillo. Casi se le escapa la bandeja de la mano, por lo guapo que le pareció. Él también clavó su mirada en ella, gratamente sorprendido por su cambio de vestimenta.

—Daniela, estás... ¿Te lo puedo decir? —Ella confirmó con un gesto de la cabeza—. Estás preciosa con ese vestido a juego con tus ojos. ¿Sabes que te pareces a...?

— ¿A quién? —preguntó en voz baja, casi con miedo a la respuesta. Eduardo se quedó callado por unos instantes, dudando en decirle lo que pensaba, por la extraña analogía que encontró en su mente, justo en ese momento.

—A Meryl Streep. Supongo que ya lo sabías.

—Sí, me lo han dicho antes —le contestó sonriendo y un poco más relajada, mientras dejaba la bandeja sobre la mesita del salón—. La ves, ¿verdad que sí? La similitud entre esta situación y la de «Los puentes de Madison». Bueno, quiero decir, hasta cierto punto —le aclaró, al ver su mirada confundida, por la sorpresa de constatar que habían pensado los dos en la misma cosa—. Pero tú no te pareces para nada a Clint Eastwood.

—Ah, ¿no? Pues, me alegro. No está en la lista de mis favoritos. ¿Y a quién me parezco, entonces? —inquirió, intrigado.

—A ti. A nadie más que a ti —le aclaró con timidez, notando como se le subía el rubor a la cara—. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Decirte ¿el qué?

—Quién eres.

—Pero, ya te dije...

—Sí, ya sé, me dijiste que tu nombre es Eduardo. Pero se te olvidó mencionar que eres Eduardo Mendoza, el famoso escritor.

— ¡Vaya! Así que sabes quién soy. Pero no es que se me olvidara decirlo, más bien creo que no tenía por qué presentarme de esa forma tan pomposa. ¿Por qué haberlo hecho? ¿Acaso tú me has dicho tu apellido, o en qué trabajas?

— ¡Ja ja, esto es bueno! Ni que fuera yo “alguien”, tanto como para que fuera importante mencionarlo.

—Claro que sí, ¿por qué no? Cada persona tiene su importancia. ¿Por qué te subestimas, Daniela? ¿Cómo podría yo saber que tu profesión no aporta al mundo, más que lo que hago yo? ¿En qué trabajas?

—Soy maestra. En la escuela del pueblo. Tradición familiar: mis padres también fueron

maestros.

—Ah, ¿lo ves? Lo que te decía. ¿Acaso hay algo más importante, que dirigir los primeros pasos de los niños hacia el conocimiento?

—¿De verdad piensas eso? —le preguntó con una sonrisa de satisfacción por su comentario.

—¡Por supuesto que sí! ¿Qué motivo podría tener yo para mentirte?

—Este mismo —dijo señalando con las manos alrededor—. El hecho de que te encuentras en mi casa.

La carcajada de risa espontánea que soltó el hombre, la hizo reír a ella también. No podía creer que fuera tan fácil llevar una conversación con Eduardo Mendoza, pero toda su timidez parecía haber desaparecido. Se sentía bien en su compañía. De hecho, se sentía estupendamente bien.

Sentados a la mesa, él con la cerveza y ella con un vaso de limonada, se miraban mientras hablaban y reían con una sorprendente naturalidad.

—Tienes manos hermosas, Eduardo —dijo de repente, con voz seria y con la mirada fija en los dedos del escritor, que sostenían la botella de cerveza.

Desconcertado, él se miró la mano libre e hizo un gesto como que no entendía el porqué de su cumplido. De hecho, la sorprendió varias veces mirándole las manos, pero interpretó de forma errónea el interés de la mujer por esa parte de su anatomía.

—¿Qué dices? Mira que casi me engañas. Pensaba que estabas mirando a por una alianza, y que te extrañaba la falta de esa en mi mano. Como me has reconocido, supongo que ya sabes que no estoy casado. Tú sí, estás casada, ¿verdad?

Daniela bajó la mirada hacia su anillo de boda y le dio unas cuantas vueltas alrededor del dedo, con la otra mano. El escritor se giró buscando con los ojos alguna fotografía de hombre, pero no había ninguna.

—Soy viuda desde hace unos meses —le contestó corto y se quedó un poco sorprendida. Era la primera vez que pronunciaba esa frase, y sin embargo no sintió nada al decir aquello.

—Lo siento. ¿Entonces, eso del ir al cementerio era por eso?

—Sí. Pero prefiero no hablar del tema, si te parece bien.

Se levantó del sofá para acercarse a la ventana. El cielo del atardecer se veía oscuro, cargado de nubes, y un rayo atravesó el aire a lo lejos. El trueno que le siguió, pareció ser la señal que la naturaleza había estado esperando hasta ese momento, para que se desatara la tormenta.

—Por la pinta que tiene esto, creo que va a llover toda la noche. ¿Te gusta cuando llueve, Eduardo?

—Sí, mucho —le contestó, acercándose él también a la ventana. Su cuerpo casi tocaba el cuerpo de la mujer. Sintió una turbación extraña al estar de nuevo cerca de ella, y al percibir el perfume que desprendía. Pensó que era distinto al que había notado cuando estuvo a su lado, en el campo, aunque ese también era un aroma suave, elegante—. Te confieso algo, pero que no rías de mí, por favor: desde la infancia tengo el deseo de salir descalzo en el campo, cuando llueve. Sólo que nunca tuve la oportunidad de hacerlo. Siempre he vivido en la ciudad, rodeado de cemento, asfalto y mucho ruido.

—Yo sí. Y es algo divino —le dijo mirándole a la cara, con una sonrisa radiante. Los ojos del escritor se clavaron en sus labios. Las gotas grandes de lluvia empezaron a golpear con fuerza en el cristal de la ventana. La mano de Eduardo le rozó los dedos como sin querer, y ella se estremeció a su contacto.

Sus miradas se cruzaron en un fulgor electrizante, rápido como el rayo que había cortado el

aire en la lejanía, momentos antes. Acto seguido, ambos se giraron de cara a la ventana. Mirarse a los ojos, les parecía a los dos un acto imprudente y peligroso.

— ¿Y si ésta fuera la oportunidad que esperabas? —dijo en tono bajo, como si hubiese hablado con la lluvia que caía al otro lado del cristal—. Hay césped en el jardín, entre los arriates de flores.

— ¿Quieres decir..., ahora?

— ¿Y por qué no? ¿Acaso existe mejor momento que el “ahora”? —le preguntó con la misma voz susurrada y sin girarse de cara a él.

—No, tienes razón. Quiero decir que sí. Vamos a salir —dijo, ilusionado de repente como un niño, agarrándola de la mano en un gesto tan espontáneo, que ella ni siquiera se sorprendió.

De hecho, era lo que más deseaba en ese momento. Nada en el mundo la habría hecho más feliz, que aquél gesto del hombre al que admiraba y amaba con todo su corazón.

Se dijo mentalmente que ese instante quedará grabado para siempre en su retina y en su alma. Una imagen fugaz de ellos dos frente a la ventana, la lluvia de verano cayendo al otro lado del cristal y sus manos unidas, con los dedos entrelazados.

Algo así, como un cuadro llamado “Felicidad” y que será su máspreciado tesoro.

Capítulo 5

Eduardo dejó las chanclas junto a la puerta de la entrada y Daniela se deshizo con premura de las sandalias. Se llevaron cada uno un paraguas grande y salieron con caras serias y concentradas. Aquello les parecía a los dos como una iniciación en un ritual de comunión con la naturaleza.

Los primeros pasos fueron vacilantes. Ambos pisaban atentos a no resbalar por el cemento de la acera que rodeaba la casa. Pero una vez llegados en el jardín, empezaron a reír como dos niños traviesos, a los que les había salido bien una travesura.

El escritor se giraba, saltaba salpicándose todo de agua y hundía los dedos de los pies en el césped verde y mojado. Estaba más feliz que nunca en su vida. Aquello era el paraíso, y ella... Ella lo miraba sin saber muy bien si reír o llorar por lo que sentía. Tal vez hacía las dos cosas a la vez, tampoco habría sido algo extraño eso, en una mujer en su situación.

El recuerdo fugaz de una reciente visita al cementerio cruzó de repente por su retina. Un sentimiento de culpa intentó abrirse camino en aquel océano de luz en el que flotaba su alma, pero no lo consiguió.

Sus pies descalzos se acercaron al hombre que reía a su lado. Estiró la mano hacia él y sus dedos se tocaron, entrelazándose con fuerza. En ese momento lo intuyó. Supo que iba a sufrir como una condenada, cuando de todo eso no quedaría más que un recuerdo.

Dejó caer el paraguas al suelo y se acercó al escritor, con un atrevimiento del que nunca se había creído capaz. “Qué diablos —se dijo—, es mi vida, soy una mujer libre y estoy segura que nunca volveré a vivir algo así”.

—No digas nada. Por favor, no digas nada —le susurró en el oído, abrazándolo con desesperación, como en un “ahora o nunca”.

Eduardo sentía el calor de su respiración en el cuello. El perfume suave del pelo de la mujer se mezclaba con el olor a lluvia y el resultado era embriagador. Por un instante pensó que así debe de oler en el cielo. Sí, estaba seguro, olía a cielo.

Un deseo salvaje se apoderó de él. Era como una necesidad apremiante de hacerla suya allí mismo, en la hierba mojada, bajo la lluvia. No habría querido desprenderse jamás de esos brazos que le rodeaban el cuello.

Giró la cabeza y sus labios se encontraron. Del paraguas inclinado, el agua resbalaba sobre su espalda, pero él no lo sentía. Todo su ser parecía perdido en aquel beso, entre aquellos brazos entrelazados detrás de su nuca. Sus dientes se entrechocaron en la profundidad del beso y el cuerpo de la mujer temblaba por el deseo. La mano de Eduardo dejó caer el paraguas y le rodeó la cintura. De ese modo la pegó aún más a su cuerpo.

El agua cayó de repente sobre sus cabezas, resbalando entre las caras unidas y metiéndose entre sus labios.

Daniela se derretía toda en el beso, se mezclaba con la lluvia, con el cielo mismo. Notaba las manos del escritor pegadas a su cuerpo, como si allí habría sido el lugar preciso donde tenían que estar.

La abrazaba el hombre al que había considerado inalcanzable para ella, como la ilusión más bonita de su vida. Jamás había creído en la posibilidad de conocerlo en persona, pero el destino

le hacía un guiño de complicidad.

Llevaban minutos besándose cuando ella se desprendió con pesar, le apartó el cuerpo del suyo y se preguntó a sí misma, más que a él, en apenas un susurro parecido a un suspiro de dolor:

— ¿Qué he hecho? Dios mío, perdóname Eduardo...

—No, no pidas perdón, Daniela. Yo también estoy aquí, mujer. Esto es cosa de dos. ¡Cristo bendito, nunca me ha gustado más la lluvia que ahora, mezclada en nuestro beso! ¡Mírame! —le pidió, levantándole el mentón con la mano—. Estoy empapado, pero nunca, te lo juro, nunca en mi vida fui más feliz que en este momento. Así que ni se te ocurra pedir perdón.

A ella le brillaron los ojos azules como un mar que esconde tesoros en su profundidad. Empezó a reír y sus lágrimas se confundían con las gotas de lluvia que le caían en la cara.

— ¡Bendito seas, Eduardo Mendoza! Vamos a entrar en casa. Los momentos de felicidad tienen que ser cortos. Si no, sería como tentar la suerte. Y además, no quiero que cojas ningún catarro mientras estás bajo mi techo. Aunque ahora, míranos, ambos parecemos dos personas sin techo.

—Espera —le dijo tirándola de la mano—. Escribiré sobre este momento. Escribiré sobre ti, sobre nosotros...

— ¿Me lo prometes?

—Te lo juro por lo más sagrado, Daniela. Querida Daniela...

— ¿Qué...? Vamos a entrar en casa —añadió en voz baja, turbada por como él la había llamado—. Tus pies no están acostumbrados a los charcos y el agua está fría. Vamos dentro.

Capítulo 6

Más tarde, después de haberse duchado los dos por turno, empezaron a preparar juntos la cena, conversando sobre diversos temas, entre ellos las fuentes de inspiración que le habían servido a Eduardo, para crear las historias que narraban sus libros.

Ella no le confesó que había leído todas sus novelas. Ni tampoco que las tenía alineadas en orden cronológico en una balda, en el estudio situado al lado de su dormitorio, en la planta superior de la casa.

Como atraídos por un imán, sus ojos volvieron a mirar las manos del escritor, mientras sacaba los ingredientes necesarios para preparar una ensalada. Se le ocurrían tantas cosas relacionadas con esas manos de dedos largos, que tragó saliva, avergonzada por sus pensamientos.

Notó una reacción extraña en los pechos y un cosquilleo que la recorría por dentro, hasta en lo más profundo de su feminidad.

—Daniela, deja que corte yo la verdura. De esa forma dejarás de clavar tu mirada en mis manos. Me haces sentir incómodo, mujer. Ni que tuviera yo algún merito por tener estos dedos largos —protestó, mitad en broma, mitad en serio, salvándola de la persistencia de los pensamientos eróticos—. ¿Sabes?, eso me hace recordar a una de mis lectoras. Me refiero a eso de las manos —le aclaró, cuando vio su gesto de sorpresa—. La única lectora que se ha fijado en ese... detalle. Por lo que me ha contado, vio las entrevistas que me tomaron. Las que salieron después en un programa cultural de la televisión nacional.

Daniela sintió de repente como le desaparecía la tierra de debajo de los pies. Su cara palideció al instante por el sobresalto que aquella revelación provocó en ella. Giró la cabeza al otro lado y pensó que tenía que esconder los libros.

Claro que Eduardo no tenía ningún motivo para subir a su estudio, ni para pasar por delante de esa puerta que estaba siempre abierta. Pero por si acaso —se dijo—. Le daba miedo que la podían traicionar.

¿Qué pensaría de ella, cómo la juzgaría si descubriera que tenía todos sus libros? Quizás llegaría a pensar que lo ha invitado a su casa porque estaba obsesionada con él. Por Dios, si hasta ella misma pensaba eso a veces, cuando se miraba con ojo crítico y no estaba dispuesta a perdonarse ni una.

— ¿Ah, sí? ¿Y quién es esa mujer, qué sabes de ella? —consiguió articular, para que su silencio repentino no pareciera sospechoso.

—La verdad es que no sé casi nada. Nunca me habla sobre sí misma. Me escribe para hacer comentarios referentes a mis libros. Con bastante objetividad, tengo que reconocer. Otras veces lo hace sólo para decirme lo mucho que admira mi agilidad narrativa, o cosas por el estilo. Eso sí, tiene su punto de originalidad, por ser la única persona que me escribe cartas. —En ese momento, Daniela habría querido decir “Tierra, ábrete y trágame”. Su cara se volvió aún más blanca de lo que estaba un momento antes—. Quiero decir, cartas de verdad, mecanografiadas, a la antigua usanza —siguió Eduardo con la explicación—. Creo que te imaginas que las demás personas que me escriben con cierta frecuencia, y que no son más de media docena, lo hacen a través del correo electrónico.

—Interesante —comentó, al darse cuenta que él esperaba una reacción suya a lo que acababa de contarle—. ¿Y tú, le has contestado alguna vez?

—No, no podría, ni si quisiera hacerlo. Nunca pone su dirección en las cartas. Las firma con el nombre Amalia, que tampoco creo que fuera su nombre real. No sé, es una mujer misteriosa. Yo me atrevería decir que o es mayor, o está un poco tocada. O quizás las dos cosas juntas. Digo, por escribir ese tipo de cartas y por lo que leo entre sus líneas.

— ¿Qué... qué quieres decir? —preguntó con voz entrecortada. Le temblaban las manos y tenía que hacer algo con ellas para no delatarse. “Mayor, tocada”, se burlaban de ella las palabras, clavándose directamente en su corazón. No podía con aquello. Cogió un tomate y empezó a cortarlo con movimientos nerviosos e inseguros.

—Tal vez me equivoque y la juzgue mal, pero creo que está un poco enamorada de mí. No lo digo por vanidad masculina, créame. No me gusta vanagloriarme de nada, no soy ese tipo de hombre. Y ella tampoco me lo dice directamente. Es más bien lo que percibo, lo que intuyo por esa estúpida costumbre que tengo, de disecar las palabras y buscarles mil sentidos. Puede ser por su manera de expresarse, no lo sé, es como cuando uno no hace más que decir banalidades, para eludir lo que realmente quisiera transmitir en sus frases. Como si se tratara de una tapadera, que ocultase aquello que podría mostrar alguna debilidad. Algo que me parece forzoso a veces.

—Ah... entiendo. Por lo que veo, has dado muchas vueltas al asunto. Perdona, voy a lavarme un poco la cara. Esta cebolla me mata —se disculpó y se dirigió al baño. Detrás de ella, al lado de la mesa, Eduardo miró extrañado el tomate machacado con el cuchillo y la cebolla pelada, pero aún sin cortar. No supo qué pensar al respecto y no dio más vueltas al asunto.

Daniela entró en el baño y se asustó de la cara que vio en el espejo. Se limpió con agua fría y después de secarse, aplicó rápido un poco de colorete a sus mejillas. Eso y la barra de labios, le ayudaron a desprenderse de la imagen de una mujer que acababa de pasar por el momento más bochornoso de su vida.

A continuación, pensando en la actitud que le exigía el momento y en sus próximas acciones, llegó a la conclusión de que se imponía tomar medidas preventivas. Y sin dilación alguna.

Capítulo 7

Con paso sigiloso, salió del baño y subió las escaleras que llevaban a la planta superior de la casa. Una vez llegada en el estudio, metió todos los libros de Eduardo Mendoza en un baúl de mimbre, encima de unas bufandas de seda y otros complementos de vestir. Cerró la tapa, salió del estudio y entró en su propia habitación.

La máquina de escribir la esperaba como siempre sobre el pequeño escritorio situado al lado de la ventana. Le gustaba tenerla cerca para escribir antes de meterse en la cama. O incluso para cuando se levantaba alguna vez, después de haberse acostado, para apuntar un verso o una idea que no quería perder hasta el día siguiente. Escribía poesía y fantaseaba con la idea de publicar algún día todo lo que tenía mecanografiado.

La cogió en brazos e intentó meterla en el armario de ropa, pero no se cerraban las puertas con ella dentro. Desesperada, miró alrededor buscando una solución al problema. Al final, pensó que lo único que le quedaba era meterla bajo la cama. Si es que entraría en ese espacio. En un final, con mucho esfuerzo consiguió hacerlo, después colocó unos cuadernos y unas enciclopedias encima del pequeño escritorio. Le parecía extraño el vacío que había dejado allí su querida amiga de toda la vida, la «Hispano Olivetti M 40».

Cerró la puerta de la habitación y bajó por las escaleras, con la misma cautela con la que había subido. Se disculpó de nuevo y Eduardo la miró por un instante. Sonrió al darse cuenta que ella se había maquillado discretamente y estaba aún más hermosa que antes.

¡Cómo le gustaba esa mujer, y que extrañas le parecían las emociones que provocaba en él! Era deseo, reconoció delante de sí mismo que la deseaba con todos sus sentidos. Desde aquel beso bajo la lluvia, no pensaba en otra cosa que en hacer el amor con ella. Aunque de momento tenía que distraer su mente, contándole anécdotas o algunas cosas sin demasiada trascendencia, como lo de esa desconocida de las cartas mecanografiadas.

Más tranquila un poco, la mujer sirvió la cena para ambos y cuando terminaron de comer la ensalada mixta que habían preparado juntos, sacó unas rosquillas caseras a las que calentó en el microondas. Estaban aún tiernas, esponjosas, las había hecho esa misma mañana.

— ¿Quieres decir que las hiciste tú? Están riquísimas.

—Sí, eso porque no consumo productos de repostería si no son caseros. Por eso a veces preparo yo misma algunos pastelitos o, en este caso, rosquillas. Pero creo que les hace falta un poco de azúcar glass por encima, espera —le pidió y luego fue a abrir un armario de pared. Estiró un brazo para agarrar el envase al que buscaba y, como a Eduardo le pareció que ella no llegaba, se le acercó para sacar él mismo el bote de azúcar.

Pero ella lo tenía ya en la mano y al darse la vuelta, sus cuerpos entorchocaron. El recipiente de plástico se le escapó de entre los dedos, y el azúcar se volcó en la cabeza y en los hombros del escritor. Aturdido, él empezó a sacudirse el azúcar de encima y a parpadear molesto, intentando abrir los ojos.

— ¡Jolines, Daniela, que era para las rosquillas, no para mí! —le reprochó riendo, y entonces ella también empezó a reír, mientras le ayudaba a quitarse el polvo blanco que le cubría la cabeza.

— ¡Por Dios, estás como un pastel, Eduardo! Mira, creo que podría chupar el azúcar de tu

cara, como hacen los niños con la crema de las galletas.

La frase se le escapó casi sin querer y sin pensar en el significado de aquellas palabras. Cuando se dio cuenta que lo que dijo podía parecer una insinuación, se quedó boquiabierta y roja de vergüenza. Él también dejó de reír y su semblante cambió, adoptando una actitud seria. Acercó su cara a la de ella y la besó apretándole el cuerpo contra el armario de cocina que se hallaba detrás.

—Ah, nunca pensé que un beso podría ser tan dulce. —Su tono era serio pero su boca no se apartó mucho de los labios de la mujer—. ¿Y qué decías que se hace con esas galletas?

Daniela venció su timidez y le contestó con el mismo tono grave:

—Lo mismo que se hace con las rosquillas caseras.

Lo miró a los ojos con un sentimiento que era incapaz de disimular. Acto seguido, empezó a pasar con los labios y la punta de la lengua por su cara, empezando desde el cuello. Un lado, después el otro, chupando el azúcar mientras emitía unos ronroneos guturales.

Eduardo gruñía de vez en cuando, enloquecido por el deseo que ella provocaba en él con lo que le estaba haciendo. Buscó su boca y le mordió los labios hasta que ella soltó un gemido profundo, que no fue precisamente de dolor. La pasión la desbordaba. No sabía cómo, ni estaba dispuesta a seguir manteniéndola bajo control por más tiempo.

—Daniela, ¿qué me has hecho, querida?

—¿Aparte de echarte el azúcar en la cabeza? —susurró en su oído.

—No sé, ahora no puedo pensar con claridad. Tal vez sea precisamente por eso. Por el peso del azúcar que me cubre la cabeza —contestó mientras la estrechaba en sus brazos y la besaba en el cuello—. Literalmente, la dulzura de este momento me bloquea la razón. Ah, maestra... —las caderas de la mujer oscilaban lentamente, apretando contra su cuerpo palpitante de deseo—, lo que me queda todavía por aprender... Esta es una lección de refinado erotismo.

—Podemos repetir, si quieres —dijo entre gemidos entrecortados—. El azúcar es barato. ¿Pero ahora estarías dispuesto a renunciar a las rosquillas? ¿Te acuerdas?, estaban calientes —susurró mordiéndole el lóbulo de la oreja. Él sacó otro gruñido gutural y confirmó con un gesto de la cabeza, apenas perceptible—. Bien, entonces nos vamos a la cama sin postre. Ven conmigo, forastero.

La siguió obediente, agarrándole la mano con fuerza y entrelazando los dedos con los suyos. Como si ella iba a escaparse. Subieron las escaleras despacio, sin mirarse a los ojos y desde el pasillo, empezaron a quitarse el uno al otro la poca ropa que llevaban. Cuando llegó a la puerta de su habitación, Daniela contestó a la mirada del hombre, que por un momento pareció invadida por las dudas:

—No, esta fue siempre mi habitación. Únicamente mía y... ahora también tuya —le susurró.

La sombra de la duda desapareció al instante y se abandonaron al deseo indómito que ardía en sus cuerpos. Sin recuerdos de por medio y sin interrogantes sobre el futuro. Sólo el presente y ellos dos, como si fuesen los únicos habitantes de una isla perdida en el mar.

Un lugar hermoso en el que la lluvia se mezclaba con besos y lágrimas de felicidad. Donde los sueños de una mujer se convertían en realidad, y un escritor llegado allí por caprichos del destino, disfrutaba por primera vez de la vida en el campo.

Capítulo 8

La luz del día empezaba a colarse en la habitación. Afuera, la lluvia había cesado en torno a la medianoche, pero las nubes bajas y oscuras todavía amenazaban con más precipitaciones. Eduardo se sentó en el borde de la cama. Después volteó la cabeza para mirar a la mujer que aún dormía.

Su cabello estaba alborotado, una mano estirada adelante hacia el hueco dejado por él al levantarse, y la otra bajo la cabeza. La sabana le cubría el cuerpo desnudo, hasta el pecho. Eduardo se fijó en un fino mechón de pelo rubio oscuro, que le caía sobre la cara. A cada respiración de la mujer, éste se movía ligeramente arriba y abajo, cerca de la nariz.

La contempló por unos instantes, rememorando todos los momentos compartidos con ella desde que se conocieron, el día anterior. “Tan poco tiempo, y tan condensado”, pensó. Recordaba su risa y sus besos bajo la lluvia, como también su manera de hacer el amor. Con movimientos lentos, pausados, algo que él no había experimentado nunca antes, con ninguna mujer.

“Espacio, Eduardo”, le susurraba volviéndolo loco. Era como si hubiese querido estirar el tiempo para impregnarse toda de él, absorberlo entero dentro de ella. Alargaba cada momento de perfecta unión entre ellos, entregándose con una pasión total, que parecía surgir de unos sentimientos contenidos, que el escritor ni siquiera intuía. Sorbía con ansia el aire que olía a él y se dejaba acariciar por esas manos a las que adoraba.

“Me estoy enamorando de ella —se dijo—. Pero si apenas la conozco, ¿cómo es posible?” —intervino su lado racional.

Después pensó que en la vida todas las cosas suceden por alguna razón. No era ninguna novedad, él siempre tuvo esa convicción. Y si Daniela apareció en su vida, o mejor dicho, su camino se había cruzado con el de ella, lo mejor que podían hacer era dejar que las cosas sucedan simplemente. Sin hacerse preguntas y sin necesidad de buscar respuestas.

“Decidiremos más tarde, sin prisa. Es imposible que esto acabe así, sin más” —tomó la decisión mientras tanteaba con los pies en el suelo, en busca de las chanclas que le había dado Daniela. Como no daba con ellas y tampoco recordaba donde las había dejado, salió descalzo para ir al baño.

Dejó la puerta de la habitación abierta para evitar hacer ruido y, a la vuelta distinguió una chancla al pie de la cama. Entonces se puso de rodillas para buscar a la otra. Le pareció que estaba allí, se veía un poco, pero no, eso que tocaba su mano, era otra cosa.

Un objeto grande al que reconoció de inmediato, nada más rozarlo con la punta de los dedos. Extrañado por toparse con una máquina de escribir en el sitio donde menos se habría esperado, tiró suavemente de ella hasta que la vio delante de él, en todo su esplendor. Echó una mirada hacia la cama y al ver que Daniela aún dormía en la misma posición, se acercó a la ventana y se sentó en la alfombra, con el tesoro recién descubierto, en brazos.

“¡Pero, si es una «Olivetti», por Dios! —se dijo, sorprendido—. Y además, parece estar en perfecto estado. ¿Por qué motivo la habrá escondido allí?” La acarició con las manos y pasó con las yemas de los dedos por encima de las teclas, sin apretar ninguna de ellas.

Su curiosidad aumentó cuando se dio cuenta que estaba perfectamente limpia. El único defecto

que le veía, con la poca luz que se colaba en la habitación, era que le faltaba una tecla. La de la letra N.

“No puede ser...”, pensó, cuando el recuerdo de unas cartas mecanografiadas irrumpió en su mente. Y sin embargo la idea se le quedó allí, clavada. Por su retina pasaba una y otra vez la N escrita a mano, con bolígrafo. Del mismo color, parecida, pero aún así distinta a las demás letras, escritas a máquina.

“¡Oh, no! ¿Qué le he dicho? Que una mujer, tal vez mayor o un poco tocada, me escribe cartas a la antigua usanza. Que yo —menudo imbécil—, pienso que está enamorada de mí. Cristo bendito, ¿cómo pude ser tan idiota e insensible?”

Después recordó los sellos de «Correos» de esas cartas, a los que había mirado por curiosidad alguna vez y que, por supuesto, eran de una localidad que pertenecía a la Comunidad de Madrid.

Por fin, lo veía todo claro. Incluso entendía los repentinos cambios de humor de Daniela, mientras él le contaba aquellas cosas. Las supuestas lágrimas por culpa de la cebolla, su interés por conocer su opinión sobre la desconocida de las cartas, su cara maquillada al volver a la cocina...

“¡Dios mío, qué vergüenza! Tendré que fingir que no me he dado cuenta de nada —pensó—, si no, se va a sentir fatal.” Justo cuando él tomó esa decisión, ella empezó a moverse en la cama.

Eduardo se inquietó. No le daba tiempo a meter la máquina de escribir en su sitio. Por lo tanto, se quedó confundido, como un niño que se había topado con una cosa de adultos y no sabía qué hacer con ella. De todas formas, no iba a traicionarse, estaba decidido.

— ¿Qué... qué haces? —balbuceó la mujer, incorporándose en la cama y tapándose los pechos con la sabana. En sus ojos oscilaba de un lado a otro una mirada asustada, y entonces él tuvo la certeza que sus sospechas eran correctas.

—Discúlpame, por favor. No tenía intención de meterme en tus cosas. Simplemente di con ella cuando buscaba las chanclas. Buenos días, Daniela —cambió rápido de tema, para evitar que ella se sintiera incomoda, ahora que él conocía su secreto. No tenía que intuir que el objeto escondido bajo la cama la había traicionado. Lo depositó en el suelo y se acercó al borde de la cama, sentándose a su lado.

—Buenos días, Eduardo —le contestó girando la cabeza hacia él, no antes de echarle una mirada furtiva a su amiga traidora—. No te preocupes, no pasa nada. He ordenado la casa y la metí allí para poder limpiar a fondo el pequeño escritorio. La colocaré en su sitio más tarde, ahora que la sacaste de debajo de la cama.

“Ay, Dios, espero que no se haya fijado en la tecla que falta, y que no se haya dado cuenta de nada —pensó—. Al fin y al cabo, cualquiera podría tener en su casa una máquina de escribir.”

— ¿Cómo has dormido, hermosa? —le preguntó, apartándole de la cara el mechón de pelo rebelde. Jugó por un instante con él y después se lo pasó detrás de la oreja.

—Bien. —Y le regaló una sonrisa—. Mejor que nunca. ¿Tú?

—Estupendamente bien. Ha sido una noche mágica. ¿Te apetece hablar sobre esto?

—No, creo que no. ¿Para qué —le preguntó con una voz marcada de tristeza—, si dentro de unas horas ya no estarás aquí?

Él la miró fijamente, intentando aclarar para sí mismo, ¿qué era eso que sentía por ella? ¿Por qué le dolía tanto la tristeza de su voz y por qué motivo quería abrazarla?

Daniela levantó una mano y le acarició la cara. Después, cuando él empezó a notar ese deseo salvaje que volvía a apoderarse de su cuerpo, se levantó de repente y salió de la habitación, con

el cuerpo envuelto en la sabana.

“¿Quién sabe?”, pensó, mirando el movimiento sensual de su cuerpo de camino al baño, cada vez más convencido de que se estaba enamorando de ella. “¿Y si tuve que venir hasta aquí, precisamente para encontrarte y quedarme contigo?”

Capítulo 9

Unas horas más tarde, después de un desayuno copioso tomado en la cocina, Eduardo llamó a un taller de coches y pidió una grúa que se llevara su vehículo, para ser reparado.

En el campo, el aire había refrescado. Había vuelto a llover y por lo que se anunciaba en la radio, las lluvias intermitentes iban a continuar unos días más.

— ¿Vas a ir con ellos? —le preguntó Daniela, mientras miraban los dos por la ventana de la cocina, pendientes de la llegada de la grúa. Estuvo mucho tiempo sin decir nada, con miedo a no traicionarse por el tono de voz.

¿Qué podía decir, al fin y al cabo? Aquello no tenía ningún futuro. Ella no representaba más que un encuentro casual en la vida del escritor. Tal vez una de las muchas mujeres que se cruzaban en su camino. ¿Acaso no estaba ella al corriente de la fama de mujeriego que le perseguía a Eduardo Mendoza?

No era tan ingenua, como para imaginarse otra cosa, o para hacerse ilusiones en lo que se refería al futuro. Se dijo que lo único que le quedaba, era atesorar en el corazón esos momentos vividos a su lado. Después, vivir de su recuerdo.

— ¿Qué quieres tú que haga, Daniela? ¿Qué me sugieres?

— ¿Yo? —se sorprendió por su pregunta, cuando de hecho esperaba de él una respuesta—. ¿Pero por qué proyectas sobre mí la responsabilidad de tu decisión, Eduardo? Asúmetela.

—Porque me gustaría quedarme aquí, contigo. Al menos hasta que me arreglarían el coche. Como no hay alojamiento en el pueblo y...

—Si es por eso, no te preocupes —le cortó la frase, visiblemente molesta—. Yo te puedo llevar en coche hasta la parada del tren, o incluso hasta la capital, si no quieres ir con los del taller.

—No me has entendido, Daniela. Yo no he dicho que quiero quedarme contigo, por no tener otra opción de alojamiento. Tal como te he comentado, tenía pensado pasar unos días en el campo. ¿Y dónde mejor que aquí, en tu compañía? Si no molesto, por supuesto. Tú tienes tu vida y yo no he hecho más que irrumpir en ella como si tuviera algún derecho a hacerlo. No te voy a decir que puedo pagar por la habitación, porque no quiero ofenderte de ninguna manera. Pero es por ti. Me gustas mucho y, por eso me gustaría quedarme unos días más en tu casa. Para ofrecernos una oportunidad. Claro, si a ti te interesaría tener una relación conmigo. Las reglas las establecerías tú, me parece normal que sea así. Por lo tanto, estoy en tus manos, mujer.

Ella volteó la cara hacia él, sorprendida y emocionada por su discurso. Pero aún dudaba de la sinceridad de sus palabras. “No seas ingenua, Daniela —pensó por un momento—, quizás eso les dice a todas. Es un artista de la retórica, sin duda. Y tú ya lo sabías.”

Sin embargo, los ojos y el semblante serio de Eduardo la hicieron pensárselo dos veces antes de contestarle. Total, si él estaba dispuesto a compartir con ella unos pocos días de su vida, ¿por qué no reconocer, al menos delante de su consciencia, que aquello la hacía feliz? ¿Acaso podía pedirle más a la vida, ahora que su sueño se había convertido en realidad y él estaba allí, en su casa? Pero eso sí, no estaba dispuesta a compartirlo con otra, mientras “se ofrecían una oportunidad”, como dijo él mismo.

— ¿Estás seguro que esto es lo que quieres? —le preguntó, con la mirada clavada en la suya y él asintió con un gesto de la cabeza—. ¿No te espera nadie en tu casa? —Él movió de nuevo la cabeza, pero esta vez para negar—. ¿Hay alguna mujer en tu vida, actualmente?

Después de un instante de duda, la cabeza del hombre se movió unas cuantas veces de arriba abajo, y Daniela sintió una punzada de dolor en el corazón. En su cara se dibujó una sonrisa de desconfianza, por lo que él le aclaró de inmediato su respuesta:

—Mi madre y... Asunta.

— ¿Asunta?

—Mi asistente. Una especie de Arnold Schwarzenegger que lleva falda.

—Uf, dura competencia —intentó bromear para disimular la emoción que se había apoderado de ella. Le temblaba la voz, por lo que decidió no comentar más al respecto. Le cogió una mano con las suyas y le acarició los dedos, en un gesto de cariño al que él no supo cómo reaccionar, ahora que sospechaba que ella era la mujer de las cartas e intuía sus sentimientos.

Pero si no estaba dispuesta a revelarlos, él tampoco tenía intención de confesarle que había descubierto su secreto. No podía ponerla en una situación tan delicada.

Por su suerte, le salvó el sonido de un claxon en la carretera. Entendió que había llegado la grúa para llevarle el coche al taller y se sintió aliviado. De verdad, no era capaz de entender qué era eso que veía ella tan especial en sus manos.

Capítulo 10

Por la tarde fueron juntos a la tienda de comestibles situada en el centro del pueblo. Daniela era consciente que su aparición allí, acompañada de un desconocido tan apuesto, se convertiría en la principal noticia del día. Pero le daba igual. No debía nada a nadie, por lo que, con todo el respeto que le tenía, no pensaba dar explicaciones ni siquiera a su ex suegra, que seguramente se presentaría a su puerta, cuando el rumor le llegaría al oído.

Eduardo se ofreció a pagar la compra y ella se lo permitió para no sentirse incómodo. Llenaron el maletero del coche y volvieron a casa, como cualquier pareja que vuelve del supermercado, después de hacer la compra semanal.

En el corto trayecto, la mujer conducía despacio, concentrada más en lo que sentía en su interior, que en la carretera. Tiraba de esos momentos compartidos con él, no quería que acabaran nunca. Rogaba a Dios que le quitara de la cabeza la duda incomoda sobre una verdadera y duradera relación con el hombre que estaba a su lado. Le costaba creer en sus palabras.

Él la miraba de vez en cuando y, sospechando lo que ella sentía, intentó entablar una conversación cualquiera, sin importancia, simplemente para sacarla de su ensimismamiento.

Vio dolor en sus ojos, cuando ella giró la cabeza para mirarlo por unos segundos. Estaba allí, mezclado con una felicidad extraña, que la hacía recorrer con la mirada las líneas de su cara, pasando rápidamente de los labios que le sonreían al hablar.

Eduardo sentía esa mirada que acariciaba sus facciones, como si el alma de la mujer se hubiese materializado en ella. La deseó en ese momento. Su cuerpo le traicionaba a veces, volviéndose indómito. Quería abrazarla, ofrecerle una certeza que borrara esa dolorosa incertidumbre que ensombrecía el azul de su mirada.

Dijo algunas estupideces, sonriendo como un idiota, avergonzado de la reacción de su cuerpo. Juntó las manos delante, más abajo del cinturón, y siguió contando tonterías, con la esperanza de que ella no percibiera su incomodidad.

Cuando llegaron a casa y Daniela paró el coche delante del garaje, se quedaron callados por unos instantes y después, como activados por el mismo mecanismo, se volvieron de cara uno al otro.

—Eduardo...

—Daniela —dijo con una voz gutural, al mismo tiempo que ella pronunciaba su nombre—, quisiera..., me gustaría...

—Lo sé, querido. —La seriedad con la que pronunció aquellas palabras, le hizo desearla aún más y su cuerpo reaccionó de forma salvaje y dolorosa—. Bájate del coche y sígueme.

No añadió nada más. Bajaron del coche y él la siguió obediente hasta que entraron en casa. No subieron al dormitorio, el deseo de ambos era demasiado apremiante.

La desnudó completamente, emborrachando sus sentidos con la fragancia que desprendía su cuerpo. Pensó que tenía que preguntarle qué perfume era ese que olía a yerba recién cortada, a flores silvestres, a campo. Eso era —se dijo—, ella era su campo, la tierra en la que quería plantar sus raíces.

Le pareció ver una lágrima que resbalaba por la mejilla de la mujer, y le quitó la huella con

sus besos. Sus manos corrían por la piel desnuda, dibujando un rastro de fuego a su paso. En las venas de ambos, la sangre hervía como la lava en la profundidad de la tierra.

Daniela le apartó el cuerpo del suyo, tanto como para poder abrir el cinturón y bajarle la cremallera. Se puso de rodillas y le bajó los pantalones sin prisa, tirando con las dos manos, mientras sus labios besaban el cuerpo que temblaba de deseo. Después se levantó poco a poco, y sus besos subieron despacio por el abdomen hasta el pecho de Eduardo, que gruñía enloquecido por aquellos roces suaves.

La cogió en sus brazos y quiso llevarla al sofá, pero ella negó con la cabeza. Estirando una mano, agarró una manta a la que tiró sobre la alfombra.

Sin soltarla de sus brazos, Eduardo tendió la manta con los pies, luego se dejó de rodillas y le echó el cuerpo sobre el tejido aterciopelado. Sus sentidos pedían más premura, pero aún así, hicieron el amor lentamente, con parsimonia, tal como le gustaba a Daniela.

Al hombre le volvía loco esa lentitud hambrienta, la pasión contenida, desesperada por estirar el tiempo, por no soltarlo de sus brazos. Empezaba a sentir como suya esa forma abrumadora de entregarse con paciencia, fundiendo todo su ser en aquella unión de cuerpo y alma.

—Sabes, ni siquiera sabía que se podía hacer el amor de esta forma —murmuró en el oído de la mujer.

—Yo tampoco lo sabía, Eduardo.

Capítulo 11

Aquella noche volvió a llover y el viento azotó con furia contra las persianas de las ventanas. Hablaron poco y durmieron aún menos. La inevitable separación flotaba en el aire como una nube oscura, de mal presagio. De esas de las que nunca se sabes si van a traer agua, granizo, o directamente nieve.

La lluvia cayó casi sin cesar hasta en torno al mediodía, por lo que no salieron más que entre un chaparrón y otro, para echar un vistazo a las flores del jardín y recoger lo que el viento había roto por la noche. El resto de la mañana se lo pasaron leyendo poesía con turno, pasándose los libros de uno al otro.

Después del almuerzo, cuando estaban los dos riendo mientras recogían la mesa, llamaron los del taller. Eduardo tardó en contestar, como si le hubiera dado miedo que aquella llamada iba a romper la magia del momento. Daniela se quedó con los platos en la mano, de camino al fregadero. No dijo nada, sólo fijó una mirada resignada en los ojos de Eduardo, antes de que él contestara la llamada:

—Sí... Sí, soy yo. Ah, entiendo. De acuerdo. Vale, quedamos en eso, entonces. Gracias. — Colgó y su mirada se encontró con la de la mujer, que no se había movido de donde estaba, con los platos todavía en la mano.

—Mañana —murmuró, acercándose a ella—, a las diez de la mañana.

Daniela seguía mirándole sin decir nada, pero las manos le temblaban y él vio como se tragaba el nudo que se le había formado en la garganta. Le quitó los platos de las manos y la abrazó con fuerza, mientras le susurraba en el oído:

—Volveré, querida, te lo prometo. Resolveré unos asuntos que tengo pendientes, después vendré a estar más contigo. No desconfíes tanto de mí.

“Si tú lo dices” —quiso contestarle, pero no tuvo fuerzas para abrir la boca. Le rodeó el cuello con los brazos y colocó la cabeza en ese hueco de encima de su clavícula, que parecía hecho a su medida. Al menos un par de minutos se quedaron abrazados. Eduardo le acariciaba la cabeza y ella ponía toda su atención en absorber el olor de su piel, y guardarlo en su memoria para cuando él ya no estaría allí.

—Me haces cosquillas con la nariz —le dijo y se desprendió de su abrazo—. ¿Qué te parece si damos un paseo y me llevas al bosque, después de recoger esto?

Ella pensó en la última vez que hizo ese trayecto, desde el cementerio hasta su casa, pasando por el bosque, tan sólo unos días atrás.

Se sorprendió al no sentir ningún vestigio de la carga de culpa que dejaba siempre en su alma, el conflicto entre el recuerdo de su marido y los sentimientos por el escritor. Se preguntó si era de verdad una mujer libre a decidir sobre su vida, y capaz de tomar las decisiones correctas.

—Claro que sí —contestó—. Además, te tengo que presentar a mi amigo de la infancia — evitó decir “a mi hijo” porque le dolía pronunciar aquellas palabras, ya que no podía ser madre—. Ya verás, un roble al que planté yo misma, cuando no tenía ni treinta centímetros de altura.

— ¿Treinta centímetros? —le preguntó Eduardo, extrañado—. ¿El árbol, o tú?

—Ja ja —se rio—, el arbolito, tonto. Yo medía ya más de cincuenta al nacer, y supongo que tú

también. Venga, vamos a acabar aquí. Luego tengo que buscar mis katiuskas, porque después de tanta lluvia, estoy segura que hay charcos en el camino. Y tú como no tienes, tendrás que sacar tus zapatillas de montaña. Yo me llevaré el chubasquero, por si acaso.

Se alejó unos pasos para ir en busca de la prenda mencionada, luego añadió, parándose de repente en el pasillo:

—Ah, espera, creo que tengo también otro más grande. Venía en el mismo paquete con las chanclas que te di el otro día. Sólo que...

—No me digas. Si es del mismo color, ni pensar.

—Puess...

—No pienso ponerme una cosa así, de ninguna manera. No voy a ir de paseo disfrazado de fruta. ¿El tuyo cómo es? —Daniela le dedicó una sonrisa pícaro como quien dice “a que no adivinas”, pero no le contestó—. No puede ser. ¿En serio? —Ella confirmó con un gesto de la cabeza—. Por Dios... Vale, me pondré el otro. ¿Qué más da? Así no nos arriesgamos a perdernos en el bosque; nos podrán seguir desde cualquier satélite. Seremos las naranjas que han caído de un roble. Buen título para una novela, ¿no te parece?

—Si usted lo dice, tengo que creerle, señor escritor.

Capítulo 12

No sabían qué decirse, al bajar a la cocina por la mañana. Tomaron un desayuno al que alargaron más de lo necesario, aunque apenas si picaron algo, entre sorbos de café. La conversación fue escasa y ambos esquivaron lo que realmente habrían querido decirse.

Sus manos apenas se rozaron unas cuantas veces por encima de la mesa, como por casualidad. La espera se hacía tensa e incómoda. Estaban los dos cansados, después de haberse pasado la mitad de la noche haciendo el amor, y la otra mitad durmiendo abrazados. Evitaban mirarse a los ojos y recordar la pasión que los unió unas horas antes.

“Tengo que decírselo antes de irme —pensaba Eduardo—. Tiene que saber que lo sé, que he descubierto su secreto. Le pediré perdón por lo que dije sobre la mujer de las cartas. Por los estúpidos comentarios que hice sobre ella.”

“Mejor que no lo sepa —se decía Daniela—. Si volverá algún día, aunque lo dudo, entonces le diré que le amo desde hace mucho. ¿Para qué ponerme en ridículo, después de todo lo que dijo de «esa mujer»? Ay, Dios, me da vergüenza con sólo pensar en reconocer que era yo.”

Pasaban ya de las diez cuando le llegó el coche. Eduardo salió delante de casa y vio como de su todoterreno se apeaba un chico bajito, moreno, con rasgos sudamericanos. Le estrechó la mano, luego el joven le entregó las llaves y, tal como habían convenido el día anterior, su jefe y el dueño del coche, se quedó esperando a que éste lo llevara de vuelta a la ciudad.

Frente a la ventana de la cocina, Daniela miraba la silueta del hombre al que amaba y hacía esfuerzos por no romper a llorar.

De vez en cuando giraba ligeramente la cabeza, y su mirada se clavaba en la mochila del escritor, apoyada en la pared, al lado de la puerta. Las chanclas de color naranja estaban abandonadas en una esquina. Dos ridículas manchas estridentes y molestas como un recuerdo doloroso y persistente.

El corazón de la mujer latía a un ritmo desbocado y le provocaba dolor en el pecho. Habría querido gritar, pero no lo hizo. Sólo le rogó a Dios que su cuerpo dejara de temblar, porque no quería dar un espectáculo delante de aquél chico que esperaba en la calle, apoyado en el todoterreno.

Eduardo abrió la puerta y agarró con una mano la mochila. Vio un gesto crispado en la cara de Daniela y entonces la dejó de nuevo en el suelo.

La mujer se acercó a él y se fundieron en un abrazo, besándose en los labios, en el cuello, por donde llegaban. Ella escapó un suspiro y entonces Eduardo le cogió la cara entre sus manos y la miró a los ojos.

—No llores, querida. Dentro de poco estaré de vuelta.

—No voy a llorar —prometió, decidida a cumplir su palabra—. Abrázame otra vez.

La pegó a su cuerpo por unos instantes más. Luego ella bajó los brazos y dio un paso atrás, para dejarle sitio a moverse y a coger la mochila. El se la tiró al hombro y salió por la puerta.

Daniela venía detrás, con paso vacilante y con los brazos cruzados con fuerza encima del pecho. Se paró a dos pasos de distancia del coche.

Eduardo abrió la puerta del conductor y antes de subirse al lado del chico sudamericano, se

giró para mirarla. “Tengo que decirle, por Dios, ella debe saberlo”, volvió el pensamiento.

—Daniela, yo... lo sé. Sé que eres tú. Ya sabes, la tecla que falta...

— ¿Qué? —se extrañó ella, sin llegar a entender del todo lo que le decía.

—No, no quería decir que fueras tú la tecla. Aunque, pensándolo bien, tal vez sí, la tecla que falta a esta máquina de escribir, en la que me convertí últimamente. —La confusión en la cara de la mujer se mezcló con una vergüenza tremenda que la hizo ponerse roja hasta las orejas. El chico sentado en el asiento del copiloto movía su mirada de uno al otro, intrigado—. Sé que eras tú la que me mandaba las cartas. Perdóname por esos comentarios estúpidos.

—No te preocupes, estás perdonado. Ahora súbete al coche y vete. Arranca, por favor —le pidió con un hilo de voz. Aquello era demasiado. No podía soportar más, semejante vergüenza. Necesitaba gritar o llorar sola, sin que la viera nadie.

El coche arrancó y ella se quedó mirando cómo se alejaba lentamente, hasta que lo perdió de vista a la primera curva de la carretera. Nada le impedía ya hacer aquello. Entro corriendo en casa y cerró la puerta de un golpe. Después gritó con todas sus fuerzas, apretando los puños encima del pecho:

— ¡Nooooo! Noo, noo...

Poco a poco, su cuerpo dejó de temblar y los martillazos del pecho bajaron de intensidad. Se dejó caer de rodillas en la alfombra del salón, allí donde dos días antes habían hecho el amor, y el aire todavía olía a él. Lloró hasta que se quedó sin fuerzas.

Capítulo 13

Ese año, el día de todos los santos caía un sábado. Una semana antes, desde la puerta del cementerio del pueblo, se veía una mujer doblada de espalda encima de una tumba. Llevaba vaqueros negros, zapatillas de deporte del mismo color, y un chubasquero corto, de color naranja.

No llovía, pero el cielo estaba encapotado y las nubes amenazaban con precipitaciones de un momento a otro. El viento doblaba los altos cipreses del camposanto y las hojas de los árboles que lo bordeaban, caían flotando como pájaros heridos, incapaces de mantenerse en el aire. En el cementerio, hasta el esplendor del otoño entristecía el alma.

La mujer llevaba casi un cuarto de hora estando allí en la misma posición. Cualquiera habría pensado que estaba llorando a sus difuntos, pero no era así. Preparaba la tumba de su marido para el día de los muertos. Había limpiado la lápida y estaba refrescando el color de las letras del nombre, con un rotulador blanco.

Cuando acabó, se enderezó de espalda y metió el rotulador en el bolsillo del chubasquero. Después se apartó un poco para ver mejor su obra. Pensó que su ex suegra estaría contenta al ver que la tumba de su hijo estaba bien cuidada.

Estiró una mano y acarició el cristal que tapaba la fotografía colocada en el centro de la cruz, encima de la lápida. No le dirigió ninguna palabra a la imagen del hombre que la miraba con ojos vacíos que no le decían nada, y cuyo nombre había pintado con rotulador.

Al fin y al cabo, ¿qué podía decirle? Era la segunda vez que venía a visitarle desde que empezó el curso escolar, en septiembre. Ya le había dicho todo la primera vez. Sin guardarse nada, como en una confesión. Casi le daba pena cuando miraba esa cara que parecía esperar de ella algún que otro secreto.

Pero no había nada más. Sólo el recuerdo y el dolor de la espera. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué habían pasado casi dos meses y ella seguía esperando y engañándose como una ilusa? ¿Qué se arrepentía por haberle pedido al escritor que no le llamara por teléfono, y se moría por escuchar su voz?

Tal vez debería decirle que en todo ese tiempo, no hizo más que recorrer con el pensamiento las huellas que él había dejado en su alma. Las letras de fuego que había escrito allí.

Contarle sobre las chanclas de color chillón, que seguían abandonadas en la misma esquina, burlándose de ella y aún así, sin poder cambiarlas de sitio. Como si no hubiese podido empezar cada día sin el dolor de verlas allí, solidarias con ella en la espera.

Hablarle del aire que ya no olía a él, y del rastro que sus manos dejaron en su carne. O del lado vacío de la cama, donde había dormido su cuerpo y donde ella lo había abrazado con el alma.

“Espacio, Eduardo...”

Se tragó el nudo que se le había formado en la garganta y le impedía respirar, se abrochó el chubasquero y se quitó las lágrimas con ambas manos. Entonces se dio cuenta que empezaba a llover y se subió la capucha del chubasquero a la cabeza. Echó una última mirada a las letras blancas y se dirigió hacia la salida del cementerio, decidida a dejarlo todo atrás. Tenía que arrancarse aquellos recuerdos del alma y vivir sin nada.

Todos los días se decía que lo habría llevado mejor y sin tanto sufrimiento, si no hubiera hecho el amor con él. Dicen que no se añora lo desconocido, lo que nunca se ha vivido. Si aquél día hubiese vuelto del cementerio por otro camino, ni siquiera se hubieran conocido. Todo habría quedado como una ilusión.

El recuerdo del encuentro en aquél camino la golpeó sin piedad. En un gesto inconsciente sacó las manos de los bolsillos del chubasquero, como si hubiese querido limpiar otra vez aquellas manchas negras de aceite de la cara que todavía no sabía a quién pertenecía.

Empezó a reír recordando cada detalle del encuentro y se dijo que tenía que pasar por ese camino una vez más. Necesitaba hacerlo. Se prometió que sería la última vez. No iba a ponerse sal sobre las heridas, ni alimentaría por más tiempo esa ilusión.

Apretó el paso por el camino a través del campo hacia el bosque, mirando a un lado y al otro. No había ni un alma y la lluvia caía cada vez con más fuerza. Sintió una soledad abrumadora, inquietante. Nunca antes se había sentido tan sola. Abrió los brazos a la lluvia, levantó la cara hacia el cielo nublado y todo se quebró en su interior.

Gritó a pleno pulmón, como un animal herido, perdido del rebaño y solo ante el destino. Una y otra vez repitió en la soledad del campo, el nombre del hombre al que había esperado semana tras semana, mientras la esperanza de volver a verlo menguaba en su corazón.

Cuando llegó al robledal, se paró por un instante y se apoyó en el tronco mojado de su amigo de la infancia, el roble que tenía treinta centímetros cuando ella misma lo plantó allí.

“¿El árbol, o tú?”, le había preguntado Eduardo en ese momento. La mezcla entre la nostalgia y la gracia de aquel recuerdo la hizo reír con lágrimas. Retomó la marcha y dentro de unos minutos salió del bosque. Faltaba poco y llegaba a esa curva del camino, allí, en ese punto de donde vio el coche aquél día.

Notó que tenía los pies mojados en las zapatillas, como también los pantalones de la rodilla hacia abajo, por el agua que se escurría por el chubasquero. El viento la empujaba desde atrás como obligándola a apretar el paso.

Sentía una ansiedad extraña por llegar a esa curva, y al mismo tiempo le daba miedo, por ser consciente que pasar por allí iba a partirle el corazón.

Resbaló en el camino y estuvo a punto de caerse de espaldas justo en el momento de llegar allí. Se apoyó en las manos para evitar la caída y soltó una maldición. Después sacó animó de donde pudo y siguió unos pasos más.

Y de repente, a través de la lluvia le pareció distinguir algo en el camino. Como una mancha oscura y grande, justo allí donde se conocieron. La invadió el miedo porque no sabía qué podía ser aquello. Luego el corazón empezó a bombear en su pecho con una fuerza descomunal y el pulso se le aceleró.

¿Era posible? Vislumbraba un coche grande estacionado en el mismo sitio y la silueta de un hombre que estaba apoyado en la parte frontal. Era alto y llevaba un...

“Por favor, señor, apiádate de mí”, pidió, al distinguir a través de la cortina de lluvia, la prenda chillona que empezó a moverse, acercándose a ella. Se la había llevado en la mochila sin decírselo.

Aquella mancha de color naranja la hizo entender que no podía ser otra persona que él. “Dios mío, ha vuelto, ha vuelto a mí” — ¿lo dijo en voz alta o sólo lo pensó? Cuando no quedaron más que unos pocos pasos entre ellos, empezó a llorar. Aquella felicidad repentina la ahogaba y le pesaba como el dolor de la soledad que había experimentado minutos antes.

Eduardo fue más rápido. Estiró los brazos y la estrechó a su pecho, mientras ella pensaba que

su pobre corazón no podrá con aquello, que iba a explotar de un momento a otro.

—Has vuelto, querido mío, has vuelto. Pensaba que...

—Mujer de poca fe, claro que he vuelto —le reprochó, empezando a besarle la cara mojada por la lluvia que se mezclaba con sus lágrimas.

—¿Cómo... cómo lo has sabido?

—¿A qué te refieres, Daniela?

—Que estaba..., que iba a venir por aquí.

—Intuición, querida. ¿Dónde podías estar tú si no te encontré en casa, y sin embargo tu coche estaba en el garaje?

—¿Has entrado hasta el garaje? —preguntó, sorprendida.

—No sólo eso, sino que miré también por el ojo de la cerradura.

—Mira que eres peor que un ladrón —le reprochó en broma. Su cuerpo era un campo de batalla emocional, ya no sabía ni que sentía. Él estaba allí con ella, abrazándola, y esa era su única certeza en aquél momento. Lo único que necesitaba.

—Lo reconozco, y me puedes castigar como quieres, pero ahora sube al coche o tendremos que salir de aquí nadando.

—Sabes, creo que sé cómo te voy a castigar. Te echaré azúcar glass en la cara, en el pecho y..., compraré un kilo.

Turbado por el recuerdo invocado de aquellas palabras y por el tono insinuante de su voz, Eduardo la pegó con fuerza a su cuerpo y se besaron apasionadamente y sin prisa.

La lluvia caía sobre ellos como una bendición del cielo, resbalando por sus caras y mezclándose en los besos. Empezaban a acostumbrarse a ella, como a una presencia viva que se colaba sin pudor en sus abrazos. El único testigo de su amor.

TANTAS VECES...

Me estremezco hoy bajo tus manos,
ardiente llora por los poros mi piel,
egoísta, mi deseo de tenerte cerca,
más cerca que ayer.

Tantas veces busqué tus huellas...

Bajo tus pies, partícula de polvo
perdida, gritando estoy.

Me agarro a las letras de tu nombre
al llamarte por la mañana,
y cada vez que vengo,
y cada vez que voy...

Y sigo esperándote en los atardeceres,
con el vacío suspirando en mis brazos,
y cuando llegas, me pregunto
si de verdad tú eres.

Ríos tumultuosos,
la yema de sus dedos, dibujan hoy
en la rojiza tierra de mi sangre.

¿Qué fue del dos?

No más que un recuerdo,
cuando me acerco a ti,
y entre valle y monte me pierdo.

Simbiosis perfecta,
espacio comprimido
en un susurro partido en dos.

¿Quién dijo piedra, quién dijo seda?

Tantas veces te fuiste,
dejando una duda, un adiós...

Un paso más, nada es efímero
cuando el tiempo se diluye,
en gestos que marcan como el fuego.

Siempre será tu nombre
sembrado en esquinas y curvas de letras,
grabado en mi mente,
colgado del cielo, como un ruego.

Palabras y letras que nos encierran
tantas veces, en esa dulce locura
del sueño tejido entre tú y yo,
de lágrimas bebidas, por las frases
que al vuelo nos liberan.

No pises tan fuerte,
hay estrellas que mueren,
partículas de polvo gritando a cada paso,
bajo tus pies, para siempre.

Si te ha gustado esta corta historia de amor, deja una reseña donde compraste el libro. Para mí es muy importante. Muchas gracias.

La autora, Ana Vacarasu

Los otros libros de la autora,

publicados en Amazon:

"LA OVEJA NEGRA"

"REBECA"

"LOS DIBUJOS DEL NIÑO MONSTRUO"

"EL GRITO DE LA GRULLA"